

# MUJERES MILITANTES: ENTRE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL Y LA EMANCIPACIÓN DE GÉNERO

KARINA DAVERIO<sup>1</sup>

## RESUMEN

El período que comprende las décadas de los sesenta y setenta estuvo marcado por una gran ebullición política a partir del desarrollo de un auge obrero y popular que, en varias ocasiones, llegó a cuestionar el poder de las clases dominantes.

Las mujeres, por su parte, integraron no solo el fenómeno de resistencia obrera y de lucha sindical, sino también fueron parte del movimiento estudiantil y de esa juventud radicalizada que se identificaba con formas disruptivas tanto en lo político como en lo cultural y artístico. Por tanto, también integraron las organizaciones de izquierda y revolucionarias.

En este clima, también tuvo lugar la problematización de otros aspectos de la vida social, tanto pública como privada, y cuestionamientos en relación con los roles de género socialmente asignados y a la forma en que venían funcionando las relaciones sexoafectivas.

Al interior de los movimientos emancipatorios convivieron en simultáneo, tanto expresiones y reflexiones que planteaban la posibilidad de superar y derribar estos roles y formas relacionales impuestas por el patriarcado y actualizadas por el capitalismo, como actitudes y postulados que repitieron y reforzaron los mismos modelos sociales opresivos impuestos.

**Palabras clave:** Capitalismo, dictadura, género, Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T), mujeres militantes, Partido Comunista del Uruguay (PCU), revolución, feminismo.

## LOS SESENTA Y SETENTA Y EL CUESTIONAMIENTO DE LAS RELACIONES DE CLASE... Y DE GÉNERO

El período que comprende las décadas de los sesenta y setenta estuvo marcado por una gran ebullición política a partir del desarrollo de un auge obrero y popular que, en varias ocasiones, llegó a cuestionar el poder de las clases dominantes. También estuvo marcado por una creciente violencia política bajo la expresión del terrorismo de Estado.

La situación uruguaya no es más que una expresión nacional de un contexto internacional signado

---

<sup>1</sup> Licenciada en Trabajo Social (Universidad de Buenos Aires, título homologado por Universidad de la República). Estudiante de la licenciatura en Ciencias Antropológicas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. [cuarta.karina@gmail.com](mailto:cuarta.karina@gmail.com)

por la crisis de legitimidad de las clases dominantes que, producto de una acumulación de contradicciones económicas y políticas, debilitó su hegemonía. Esto permitió que los sectores obreros y populares de distintos países, tanto en el centro como en la periferia, libraran luchas que en más de una ocasión llevaron a poner en jaque al capitalismo de posguerra.

Son parte de este momento de auge obrero y popular, acontecimientos como el Mayo Francés, la Primavera de Praga, las manifestaciones de los estudiantes en Tlatelolco, el Cordobazo argentino, entre otros varios hechos de relevancia de la época.

Ciertamente, fue el triunfo de la Revolución Cubana el que marcó —como un faro— el camino de los movimientos revolucionarios en América Latina, escapando, al menos en sus primeros momentos, del modelo soviético estalinista.

En Uruguay, trabajadores y trabajadoras de la industria, los bancos, la educación y los servicios salían masivamente a las calles y protagonizaban distintas luchas. Por su parte, los trabajadores más sojuzgados por aquel momento —los rurales— daban ejemplos de combatividad y de capacidad de lucha y organización. La juventud estudiantil secundaria y universitaria también se mostraba sumamente activa y tomaba las calles en movilizaciones que confluían con los sectores obreros en lucha.

Las mujeres, por su parte, integraron no solo el fenómeno de resistencia obrera y de lucha sindical, sino que también fueron parte del movimiento estudiantil y de esa juventud radicalizada que se identificaba con formas disruptivas tanto en lo político como en lo cultural y artístico. Por tanto, también integraron las organizaciones de izquierda y revolucionarias.

En este clima en donde se cuestionaba el poder de los sectores más concentrados de la economía, a la vez que se ponía en tela de juicio la gobernabilidad de quienes ejercían la gestión estatal, también tuvo lugar la problematización de otros aspectos de la vida social, tanto pública como privada. Y por supuesto que surgieron cuestionamientos en relación con los roles de género socialmente asignados y a la forma en que venían funcionando las relaciones sexoafectivas.

## SEGUNDA OLA FEMINISTA Y LA SALIDA DE LAS MUJERES AL ESPACIO PÚBLICO

Justamente por estos mismos años tomó impulso lo que se conoció como Segunda Ola Feminista, centrada en los países del norte, pero con impacto en prácticamente todo el mundo. Este movimiento internacional de mujeres tuvo la iniciativa de plantear que «lo personal es político», de visibilizar la violencia de género y de problematizar las relaciones sexuales, además de exigir «a igual trabajo, igual salario» y el libre acceso a los métodos anticonceptivos, en el marco de un

capitalismo que incluía a las mujeres masivamente en el mercado laboral.

Tanto en los estudios académicos como en las organizaciones militantes feministas, se introducen las categorías de género y patriarcado para analizar profundamente las características de la opresión femenina. Se desarrolla una producción teórica novedosa hasta el momento, con textos que aún mantienen plena vigencia.

Muchas autoras feministas han analizado este rico movimiento. Entre ellas, la norteamericana Joan Scott o la argentina Andrea D'Atri, que identificaron sus conceptos más relevantes, así como el impacto que ha tenido en los países latinoamericanos, y la profundidad de los cuestionamientos de esta oleada feminista, aunque también sus límites.

El lugar de la mujer en las relaciones laborales, en la casa, en la pareja, en la familia y en la sociedad se pusieron bajo la lupa de una generación que militaba sindical y políticamente y que, en algunos casos, tomaba las armas para defender sus ideas. Las aspiraciones personales de las mujeres —que hasta el momento se resumían en tener un buen esposo— se mezclaron con la posibilidad de la militancia revolucionaria, y así encontraron nuevos desafíos, metas individuales y compromisos sociales donde pusieron todo de sí, hasta su vida.

## LA REVOLUCIÓN DENTRO DE LA REVOLUCIÓN

Así, estas mujeres fueron transformando sus proyectos de vida en ese camino que iba desde el encierro en el hogar a la acción política colectiva. Mujeres trabajadoras jóvenes, que ganaban su propio dinero y no dependían ni de sus padres ni de su novio, y conquistaban mayores niveles de autonomía. O mujeres de las clases medias, estudiantes universitarias, con perspectivas de desarrollo en el plano profesional y laboral, y que podían soñar con proyectos personales.

En realidad, la meta femenina del matrimonio heterosexual o la maternidad seguían presentes y, por tanto, se mantenía en cierta manera la reproducción de los postulados impuestos social e históricamente a las mujeres. Solo que, en esta etapa, y dadas las condiciones que describimos, se sumaba también la posibilidad de tener otros proyectos.

Como parte de este proceso, ocurrió por estos años una ruptura con la moral sexual impuesta por la sociedad, y comenzó a asomar una especie de «permiso» mayor de las mujeres para sentir el deseo sexual (Cosse, 2009). Esto se demostraba, por ejemplo, en las relaciones sexuales premaritales, y en cierta desinhibición de las mujeres en usar ropa ajustada, minifaldas y escotes.

Por su parte, las mujeres comenzaban a tomar conciencia de los problemas sociales y a entender la dinámica de las relaciones políticas. Y a la vez que descubrían el mundo de la militancia, también

querían operar cambios en sus vidas privadas y en los espacios que habitaban. Las mujeres salieron a la vida política, no sin contradicciones, y abrazaron con calidez y compromiso los ideales revolucionarios, rompiendo con todas las ataduras sociales que la condenaban al ámbito del hogar, a la tarea de la reproducción y la maternidad como el fin último de realización personal de toda mujer.

Muchas son las anécdotas de cómo las mujeres dieron el salto a la militancia política y, en algunos casos a la lucha armada: novios o hermanos que se vinculan con los grupos políticos y que luego la invitaban, compañeros de facultad que le proponen participar de alguna reunión, o simplemente una búsqueda de la mujer de encontrar un espacio para canalizar la bronca contra la injusticia de la sociedad y la necesidad de «hacer algo».

A la vez que conocían este «mundo nuevo» de la militancia, se iba moldeando dentro de ellas un sentimiento colectivo, un compromiso con el cambio revolucionario y una concepción de sujeto político y de hermandad con el resto de los integrantes de la organización a la que pertenecía. Esta era la base para construir una nueva moral, una moral revolucionaria basada en relaciones de solidaridad y camaradería y, por tanto, en aparente contradicción con las tradicionales relaciones de propiedad y de sumisión.

En su libro, Clara Aldrighi (2009) entrevista a una ex militante del MLN, quien le cuenta cómo comenzó su militancia:

Fue en 1969, con 21 años. Desde 1968 había gente cerca de mí que calculaba que eran tupamaros. Mi novio me dijo que era integrante del MLN. En 1969 yo militaba en una agrupación de la Facultad de Química, que apoyaba mucho la línea política del MLN... Si hay gente que se está jugando de esa manera y pienso las mismas cosas, es bueno hacer lo mismo. Me decidí venciendo miedos (p. 291).

Haciendo un paralelismo con otros procesos revolucionarios en otras latitudes, vemos que Ingrid Strobl (2015) describe los cambios de las mujeres españolas a partir del estallido del proceso revolucionario y la necesidad de enfrentar al fascismo en ese país:

Muchachas de 16 años cambiaron sus vestidos por uniformes militares de las milicias, se colgaron un fusil al hombro y se fueron a la guerra. Amas de casa pusieron manos a la obra para organizar la vida social de la población. Durante esos primeros días y semanas tras el estallido de la guerra, tuvo lugar una revolución dentro de la Revolución. Todos los testigos describirían posteriormente, con asombro, la nueva forma de actuar de las mujeres, cosa que, por tratarse de España, parecía todavía más sorprendente (p. 58).

Sin embargo, no todo fue color de rosa, y en las mismas organizaciones políticas revolucionarias

se reproducían los mismos machismos que existían en la sociedad conservadora y reaccionaria, aquella que decían querer destruir. Expresiones de machismo al interior de las organizaciones políticas tuvieron lugar tanto en el Partido Comunista del Uruguay (PCU) como en las variantes guerrilleras locales como el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T). Las mujeres eran relegadas a tareas de segundo orden, separadas de los espacios de mayor jerarquía y de toma de decisiones, y quienes lograron sortear todos estos obstáculos y ser tenidas en cuenta por sus capacidades militantes y su determinación de lucha, lo hicieron a costa de dar enormes muestras de heroicidad, muchas más que si hubieran sido varones.

Este aspecto ha llevado a varias autoras a analizar las características que adquirió la participación de las mujeres en las organizaciones de izquierda en los convulsionados años sesenta y setenta, y qué impacto tuvo en el cuestionamiento (o no) de los roles estereotipados de género.

En el caso argentino, a partir del relato de una militante del PRT-ERP, Andrea Andújar reflexiona sobre la injerencia de la dirección de las organizaciones políticas en las decisiones amorosas de las mujeres militantes, en general siempre interviniendo desde una postura condenatoria de sus sentimientos, descalificadora de las decisiones de las mujeres, y de protección (y hasta encubrimiento) de los varones militantes (Andujar, Grammatico, D'Antonio, Gil Lozano y Rosa, 2009).

Por su parte, en la experiencia española, Strobl (2015) cuenta que las partisanas debieron sortear innumerables obstáculos para alistarse en las milicias, no solo con su familia y los mandatos sociales, sino también de los principales partidos políticos. El Partido Comunista Español no solo tenía mucha reticencia con que mujeres se encuentren al mando de brigadas y milicias (aunque esto finalmente ocurrió), sino que reprimía expresiones de la diversidad sexual.

La moral del partido era muy rígida —cuenta—. Una vez salió a la luz que una de las camaradas estaba liada con un compañero casado y se la quería expulsar del partido. A ella, no a él. Y eso que él ya hacía tiempo que vivía separado de su mujer (p. 86).

La homosexualidad era completamente tabú. A los comunistas no les afectaba esa «decadente enfermedad burguesa» (Strobl, 2015, p. 86).

## EL MACHISMO ESTALINISTA DEL PCU

En cuanto al PCU, para esa época ya estaba consolidado como una organización alineada a Moscú y, por tanto, había sufrido el proceso de estalinización, que incluyó no solo la reversión teórica de sus postulados estratégicos —habilitando incluso la política de frente popular con sectores

burgueses—, sino también una reversión de los postulados del marxismo clásico respecto de la emancipación de la mujer.

En el marco de esta degeneración política, la idea que subyace en los postulados de los partidos comunistas estalinizados partía de considerar la lucha por la emancipación de la mujer como una lucha secundaria, ya que la fundamental consistía en la lucha contra la explotación de la burguesía sobre el proletariado. Así, desde un marxismo totalmente economicista y reduccionista, dejaba en segundo plano la lucha contra los distintos tipos de opresión y la subordinaba a la lucha contra el capitalismo. Esto generaba que cualquier pelea que las mujeres quisieran dar en este sentido fuera considerada inconveniente, por lo que, en los hechos, las relaciones de opresión entre los hombres y mujeres militantes seguían conteniendo elementos de opresión.

Sin embargo, no fue este el pensamiento y el accionar durante los primeros años de la Revolución Rusa de octubre de 1917, cuando las y los bolcheviques luchaban por una igualdad entre el hombre y la mujer no solo «ante la ley, sino también ante la vida», como planteaba Lenin. Esto se veía concretado en varias expresiones de la política bolchevique como, por ejemplo, una legislación de avanzada que incluyó el derecho al aborto, el divorcio y otros derechos que beneficiaban a las mujeres, y que ni siquiera habían sido conquistados en los países europeos más avanzados.

El Partido Bolchevique ruso, y el marxismo en general, siempre han promovido la organización de las mujeres, en especial las mujeres trabajadoras, y han fomentado la organización de espacios específicos de mujeres (ramas femeninas del partido) para que puedan discutir con soltura y definir líneas de trabajo y discusiones necesarias de generalizar a todo el partido.

Pero lo novedoso de la política bolchevique en tiempos de la Revolución Rusa, fue la implementación de una serie de medidas que permitieron cuestionar profundamente la «esclavitud del hogar» a través de la socialización de las principales tareas domésticas, que fueron asumidas por el naciente Estado Obrero. Es decir que estas tareas se trasladaban del ámbito privado al ámbito público, y su resolución era social, y no individual, a la vez que las y los bolcheviques cuestionaban el matrimonio y la familia tradicional patriarcal y proponían reemplazarla por la unión libre y consensuada entre personas que se unían por lazos sexoafectivos y no contractuales (D'Atri, 2013).

Sin embargo, con la degeneración de la Unión Soviética a partir de su estalinización, la mayoría de estas enormes conquistas —pioneras a nivel internacional— fueron revirtiéndose, hasta llegar a que los representantes del poder soviético volvieron a ensalzar la idea de la familia tradicional, el

rol de la mujer a partir de la maternidad y hasta ligado a una vocación de servicio a la patria.

El revolucionario ruso León Trotsky criticará duramente este retroceso en términos de derechos y el advenimiento de visiones conservadoras y retrógradas, con el único propósito de borrar aquellas ideas libertarias que habían caracterizado la política social de los primeros años de la revolución, como parte de la estrategia de Stalin de borrar todo vestigio revolucionario en un estado obrero cada vez más burocratizado y totalitario. Una verdadera vuelta a posiciones oscurantistas. Frente a la reinstalación de la prohibición del aborto, Trotsky sentenciará que lo que se impone es la «filosofía de cura que dispone, además, del puño del gendarme» (citado en D’Atri, 2013).

En tal sentido, es contundente la conclusión a la que arriba la historiadora estadounidense Wendy Goldman (2010), quien afirma que

... en las dos décadas que pasaron entre 1917 y 1936, la visión soviética oficial de la familia experimentó una inversión completa. Luego de comenzar con un compromiso feroz y libertario con la libertad individual y «la extinción» de la familia, el período terminó con una política basada en el fortalecimiento represivo de la unidad familiar. Ocurrieron desplazamientos similares en la ideología del Estado y el derecho a medida que el partido eliminaba sistemáticamente las corrientes libertarias del pensamiento bolchevique (311).

## EL MLN Y LA REPRODUCCIÓN DE LOS MODELOS TRADICIONALES

Por su parte, en los movimientos guerrilleros la cosa no era distinta. Al ser un movimiento mucho más heterogéneo que el PCU en términos teóricos, programáticos y estratégicos, muchas de estas cuestiones ni siquiera habían sido teorizadas y, menos aún, problematizadas y debatidas en los espacios de la estructura organizacional. Los principales dirigentes eran quienes, en muchos casos, expresaban su parecer respecto a las cuestiones de género, a los «permisos», a las prohibiciones, y a la conducta que se esperaba de las mujeres.

Nos permitimos citar una extensa frase de Josefina Licitra (2018), quien describe la situación en el MLN:

En el MLN, el cuarenta por ciento del movimiento estaba conformado por tupamaras que no podían esperar más que un rol delimitado y subalterno, aunque siempre «necesario». Raúl Sendic las consideraba «el reposo del guerrero». Y años después, en la cárcel de Punta Carreas, el Ñato Fernández Huidobro confirmaría esa idea al escribir las Actas Tupamaras —una especie de manifiesto que marcaba los lineamientos del MLN— y explicar qué funciones eran las mejores para las compañeras. Servían como enlace («las compañeras de todas las edades, por su condición de mujeres, resultan muy eficaces para trasladar mensajes y objetos» ya que «el enemigo es víctima de los prejuicios que lleva hondamente

arraigados con respecto a la mujer»); servían como cobertura de locales («ella es la que hace que ese local parezca igual a todas las demás casas que lo rodean. Las tareas de supuesta ama de casa le permiten relacionarse con los vecinos y determinar en esa forma los posibles enemigos cercanos»); servían como integrantes de equipos de servicios y de acción («la mujer suele resultar un buen soldado»); y servían para la fraternidad política («la mujer es quien aporta constantemente por su sola presencia un elemento muy importante para la unidad y la camaradería de los revolucionarios. El toque femenino que menciona el Che en La Guerra de guerrillas se da en distintos planos, sea en una comida que la mujer puede realizar con esmero y oportunidad; sea en el gesto fraterno que alivia las tensiones provocadas por la lucha [...] Muchas veces su ternura y la de sus hijos llegan a integrar hondamente el mundo afectivo de aquellos con quienes convive») (p. 90).

Las mujeres guerrilleras debieron sortear todos estos prejuicios machistas en su militancia cotidiana. Muchas veces tuvieron que soportar el acoso de los miembros de la dirección, la subestimación en la asignación de determinadas tareas, el cuestionamiento de sus decisiones personales y su involucramiento sexo-afectivo.

Así lo describe la misma Licitra (2018), al analizar los relatos de las presas políticas que, en el año 1971, en lo que se llamó la Operación Estrella, protagonizarían la fuga más grande de una cárcel de mujeres, como sucedió en la cárcel de Cabildo en Montevideo. Hecho que ha quedado en el olvido, por dos razones, según la autora:

La primera es que, dos meses después, en siempre de 1971, en Uruguay se dio otro escape descomunal que dejó fuera del penal de Punta Carreas a ciento once varones —casi todos presos políticos— y que opacó buena parte de las acciones militares y de propaganda que se hicieron en fechas próximas a ese acontecimiento. Y la segunda razón es que la Operación Estrella sucedió en un tiempo en el que las mujeres eran vistas, incluso en los movimientos de izquierda, con un prisma que las llevaba al redil de las <pequeñas cosas>; a un lugar devaluado, inofensivo y alejado de las marcas discursivas que hoy permiten hablar de igualdad de género» (p. 10).

## LAS CONSECUENCIAS DEL TERRORISMO DE ESTADO PARA LAS MUJERES

Mientras tanto, la violencia estatal y paraestatal se desarrollaba cada vez con más virulencia. La dictadura uruguaya —en sintonía con las de la región, promovidas, preparadas y financiadas por distintas agencias de los Estados Unidos— tuvo objetivos claros. El principal fue cortar con la experiencia que venía acumulando toda una generación de militantes y luchadores y luchadoras sociales, cuya conciencia y acciones se radicalizaban cada vez más y amenazaban los privilegios de las clases dominantes. No solo cortar con esa experiencia, sino infringir una derrota ejemplar



para que, en lo sucesivo, nadie levantara la cabeza. Pero, además, la dictadura también vino a silenciar el cuestionamiento que se venía haciendo a los roles de género impuestos por las viejas instituciones como la iglesia, la familia patriarcal, el sentido común conservador, los modelos de relaciones íntimas y la sexualidad heteronormativa.

En tal sentido, la socióloga argentina Elizabeth Jelin (2002) sostiene que «la represión tiene género», y describe que, así como en el ámbito público, los rituales militares (desfiles, exhibiciones) tienen un carácter performativo en el que se despliega sin matices el modelo de género (masculino/dominación, femenino/sumisión), así también en los espacios específicos de la represión y especialmente en los lugares de tortura, esta performatividad se mantiene (JELIN, 2002). Dice Jelin: «Todos los informes existentes sobre la tortura indican que el cuerpo femenino siempre fue un objeto «especial» para los torturadores. El tratamiento de las mujeres incluía siempre una alta dosis de violencia sexual» (p. 102).

La dictadura se ensañó con los cuerpos de las mujeres o feminizados, a partir de las vejaciones en el marco de la tortura, las violaciones sexuales, el desnudo permanente, la violencia en situaciones de parto, el tratamiento de la menstruación y otros acontecimientos específicamente femeninos. Los militares, varones ellos, quisieron dar un escarmiento depositando todo su machismo en los cuerpos de las mujeres. Un escarmiento para las mujeres, también, por haber osado salir de su rol socialmente atribuido, y para que vuelvan a recluirse en el hogar. Y un escarmiento a los varones militantes y a la sociedad toda, a partir de tomar al cuerpo de las mujeres como territorio de guerra.

En todo el período se desplegó un amplio espectro represivo con detenciones, desapariciones, torturas, juzgamientos bajo la justicia militar, encierros prolongados, asesinatos selectivos y el exilio político. Todas formas represivas que contribuyeron a asestar – de distintas formas - un golpe físico y moral a las aspiraciones de cambio revolucionario de toda una generación.

Jelin concluye con la afirmación de que «La represión fue ejecutada por una institución masculina y patriarcal: las fuerzas armadas y las policías».

#### UNA VEZ MÁS, LA INVISIBILIZACIÓN DE LAS MUJERES

Finalmente, el relato actual, pero retrospectivo a aquella época, invisibiliza nuevamente a las mujeres. A la hora de contar cómo se organizaban, qué acciones desarrollaban y quiénes fueron sus protagonistas, los movimientos de izquierda priorizaron mencionar la combatividad y el heroísmo de los varones, y siguieron ocultando el rol que jugaron las mujeres al interior de dichas

organizaciones, debiendo sortear la clandestinidad, la represión política, a la vez que los prejuicios propios de su género.

Al respecto, Josefina Licitra (2018) nos trae el testimonio de varias mujeres tupamaras, algunas de ellas «rehenas» que, al momento de conseguir la libertad, fueron totalmente invisibilizadas primando el discurso y el relato de los varones guerrilleros. Como parte del relato épico, aparecen los hombres como los principales protagonistas, mientras que la experiencia de las mujeres aparece como algo complementario. Inclusive destaca la resistencia de las mujeres a hablar de su experiencia, a recordar, y a ser tenidas en cuenta en un relato que tiene ribetes de heroísmo y combatividad, valores atribuidos históricamente a los varones.

Por su parte, la periodista e historiadora austríaca Ingrid Strobl (2015) y otras investigadoras han señalado esta cuestión: las mujeres han participado activamente en los movimientos emancipatorios y revolucionarios en todas las épocas, han sido parte de organizaciones legales y clandestinas, han conspirado contra las instituciones estatales y el poder de la burguesía, han guardado secretos, han protagonizado enormes hazañas y actos de heroísmo y humanidad, han realizado increíbles sacrificios, han empuñado las armas, han pensado, luchado, vivido y han muerto por un mundo mejor, pero siempre han sido invisibilizadas.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Como parte del cuestionamiento a la sociedad capitalista, muchas mujeres de la época se animaron a desafiar los mandatos de género, la familia como institución, la autoridad que emanaba de ella, el rol de las mujeres al interior de la sociedad y la relación entre los sexos.

Esto se combinó con un proceso de radicalización política en vastos sectores de la juventud trabajadora y estudiantil, y la adopción de perspectivas políticas anticapitalistas de distinta índole.

Efectivamente, el contexto radicalizado políticamente contribuyó a que muchas mujeres —y también varones— logran cuestionar las relaciones entre los géneros, y en especial la opresión hacia la mujer.

A su vez, los movimientos emancipatorios de distinta clase, contuvieron dentro de sí expresiones y reflexiones que planteaban la posibilidad de superar y derribar estos roles y formas relacionales impuestas por el patriarcado y actualizadas por el capitalismo.

Sin embargo, estos grupos políticos repitieron por momentos los mismos modelos sociales opresivos impuestos, y en otras ocasiones permitieron su superación.

Por tanto, la sola pertenencia a una organización política revolucionaria o a un grupo armado no garantiza la posibilidad de cuestionar y derribar la opresión de género, sino que este debe ser un objetivo consciente de cada espacio político, y para ello es necesario que la cuestión de género se encuentre profundamente incorporada en los postulados estratégicos que guían la práctica política. No alcanza con incorporar a las mujeres a la militancia, sino que es necesario que las mismas mujeres tomen su militancia para cuestionar los roles de género y el lugar social que ocupamos en la sociedad. Esto será posible si la perspectiva estratégica de lucha por una nueva sociedad va de la mano con cuestionar absolutamente todas las instituciones y valores impuestos por el capitalismo que refuerzan las distintas opresiones.

A la vez, desde las estructuras de más responsabilidad —las direcciones políticas— es importante que se tome este punto como un aspecto fundamental de la militancia revolucionaria, se teorice, se discuta y se cuestionen y condenen todas aquellas actitudes que tiendan a reproducir los estereotipos y las relaciones machistas entre los géneros.

Si realmente se tiene una concepción liberadora de la humanidad, esto debe tener un correlato político. Al respecto, vale la pena traer las palabras de la gran revolucionaria rusa Alexandra Kollontai, quien hace más de un siglo sentó las bases del primer estado obrero de la historia, y dentro de él, la lucha por la verdadera liberación de las mujeres:

En lugar del matrimonio indisoluble basado en la servidumbre de la mujer, vemos surgir la unión libre, fortalecida por el amor y el respeto mutuo de los dos miembros del Estado obrero, iguales en sus derechos y sus obligaciones. En lugar de la familia egoísta e individualista, vemos advenir la gran familia universal de los trabajadores, en la que todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán, por sobre todo, camaradas (citada en D'Atri, 2013, p. 100).

Por último, expresar que el presente trabajo tuvo la motivación de contribuir a la reconstrucción de la memoria colectiva, en honor y en reivindicación de la lucha dada por las mujeres de aquella época.

A cincuenta años del golpe cívico-militar, considero fundamental recuperar testimonios, recuerdos y protagonismos, para construir un relato inclusivo y reivindicar la lucha militante de aquella generación.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aldrighi, C. (2009). *Memorias de insurgencia. Historias de vida y militancia en el MLN-Tupamaros. 1965-1975*. Montevideo: Ediciones La Banda Oriental.
- Andújar, A., Grammático, K., D'Antonio, D., Gil Lozano, F. y Rosa, M. L. (Comps.). (2009). *De*

- minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los '70 en Argentina.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- Cosse, I. (2009). Los nuevos prototipos femeninos en los años 60 y 70: de la mujer doméstica a la joven «liberada» en A. Andujar, K. Grammatico, D. D'Antonio, F. Gil Lozano y M. L. Rosa (Comps.), *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los '70 en Argentina.* Buenos Aires: Ediciones Luxemburg.
- D'Atri, A. (2013). *Pan y Rosas. Pertenencia de género y antagonismo de clase en el capitalismo.* Buenos Aires: IPS.
- Goldman, W. (2010). *La mujer, el estado y la revolución.* Buenos Aires: IPS.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria.* Madrid: Siglo XXI.
- Licitra, J. (2018). *38 estrellas. La mayor fuga de una cárcel de mujeres de la historia.* Montevideo: Planeta.
- Scott, J. (1999). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Navarro y C. Stimpson (Comp.), *Sexualidad, género y roles sexuales.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Strobl, I. (2015). *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)* (3.<sup>ra</sup> ed.). Barcelona: Virus Editorial.